

Nos escribe uno de nuestros lectores de Nuevo MUNDO una carta llena de mala retórica, de retórica turbia y ambigua, de esa retórica presunta reconstituyente que se pone de moda cuando los mastines se ponen á ladrar á la luna llena, cuya luz nos guía de noche. Decimos de retórica mala porque hay una retórica buena, la de los buenos oradores, guías de los pueblos. Porque la palabra, que es el meollo de la acción, que es acción, guía á los pueblos. Y eso otro que llaman acción los malos retóricos no es sino gesto. Y el gesto es cosa del cine, del teatro del silencio, de la peluquería.

El lector que nos escribe se muestra sorprendido de que tomamos por la suerte de la inteligencia en España, y nos dice, entre frases de cajón—de cajón de sastre especialista—, que la inteligencia debe estar al servicio de la patria. Pero entendámonos.

La inteligencia debe estar al servicio de la verdad. El fin propio de la inteligencia es la verdad. El deber de la inteligencia es entender la verdad. Y para ir á la verdad el camino es la crítica. El deber de la inteligencia es, pues, criticar.

Y no hay verdades patrióticas y verdades antipatrióticas, como parece suponer el lector que por carta nos censura. Ni menos hay mentiras patrióticas. Porque eso de que á las veces convenga ocultarle al enfermo su enfermedad y engañarle para que se trague una droga medicinal amarga, eso no pasa de ser un terrible expediente dilatorio. Si por algo parece que se ha hundido un régimen en España—y decimos parece porque aún no nos deja ver claro el derribo la polvareda de los escombros—es por la mentira. Era un régimen que se sostenía sobre la mentira. Si se quería llevarle á la nación á una empresa que le repugnarano, se encontraba otro medio que llevarle con mentiras y con engaños.

Nuestro lector saca á cuento los profetas, y entre ellos á Jeremías, y no sabe bien ni lo que quiere decir profeta ni quién fué Jeremías. Que profeta tanto ó más que el que predice, un *calendarero*, que dicen por aquí, uno que hace pronósticos, es el que habla (*feta*) delante (*pro*) del pueblo, el que no calla lo

EL DEBER DEL PROFETA

COMENTARIO

DE MIGUEL DE UNAMUNO



que el espíritu, que es la Verdad—y la Vida—le inspira. Y Jeremías no fué tanto el profeta de las lamentaciones, el del llanto y el lloro—tan leyenda como la de Heráclito—cuanto el que le dijo á su pueblo las más medicinalmente amargas verdades y como merecía la esclavitud en que estaba gimiendo.

Decía el profeta Jeremías: «En aquel tiempo se dirá de este pueblo y de Jerusalén: Viento seco de las alturas del desierto vino á la hija de mi pueblo, no para aventar ni para limpiar» (cap. IV, v. 11). ¡Viento seco, sí, y ciego! Y luego (v. 19) añadía: «Mis entrañas, mis entrañas me duelen, las telas de mi corazon; mi corazon ruge dentro de mí; no callaré, porque voz de trompeta has oído, alma mía, pregón de guerra.» Y no calló Jeremías, ni pudieron ponerle mordaza en la boca.

Y decía el profeta de la esclavitud de su pueblo que si había alguien que buscara verdad, sería perdonado (cap. V). Era la

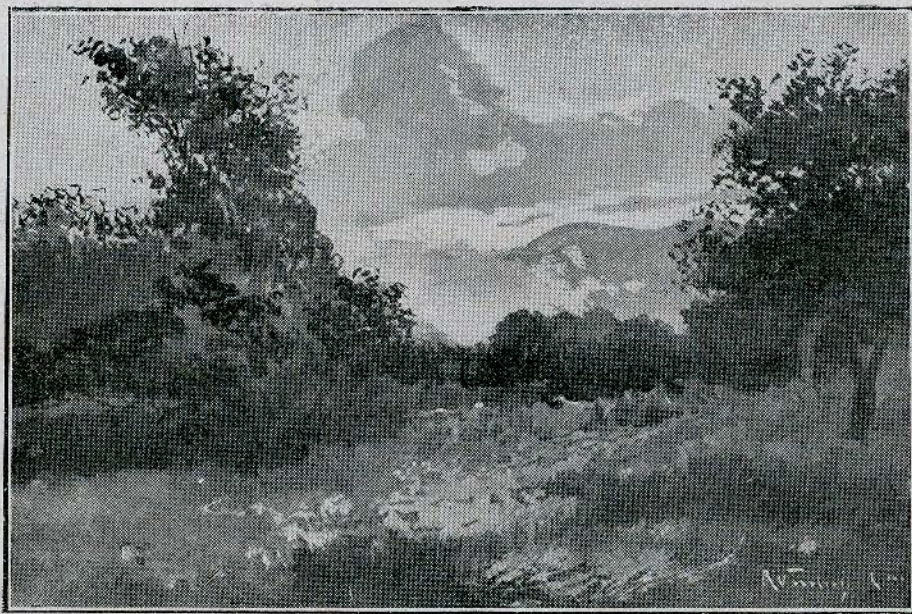
verdad lo que Jeremías buscaba, y si la verdad justificaba la servidumbre de su pueblo, se la decía. Porque la verdad y sólo la verdad liberta. Y el profeta le decía á su pueblo que no se fiara de estar repitiendo: «Templo de Jehová, Templo de Jehová, Templo de Jehová es esto!» (cap. VII, v. 4). Esto se queda para los frívolos del optimismo decretivo.

Pero, lector censurador, vivimos en tiempos en que la verdad y la mentira se cotizan en bolsa, en que un engaño puede hacer subir ó bajar los fondos públicos, de cuyas oscilaciones

viven los agiotistas; vivimos en tiempos de crédito mercantil. Y de descuento. Y en estos tiempos de operaciones á crédito y plazo, el ocultar la verdad, que suele ser una manera, y la más perniciosa, de falsearla, puede conducir á un negocio.

Nuestro lector se mete, además, en unos matorrales respecto á lo que él y otros llaman nuestra leyenda negra y habla de historia patriótica. Pronto diremos de química ó de geología ó de álgebra patrióticas. No. La historia, amigo, es historia. Y el deber es enseñarla como es. Y el feticchismo nunca es glorioso.

Pero esto del feticchismo merece capítulo aparte.



CREPÚSCULO

Cantan las voces de la tarde
con música de pájaros
locos de aromas.

El sol en el ocaso
es una flor de sangre,
rosa de corazón enamorado,
que se mustia en la cima
de los montes curvados.

Sinfonías del bosque se columpian
en la dulzura fibia del espacio
cerúleo...

Y una nube,
ligera y tenue, pasa sobre el campo,
llevándose la luz